

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

QUÉ ES EL ACTOR(*) (1905)

Nota

JOSÉ CIBRIÁN

Señoras y señores:

Aquí me tienen ante ustedes dispuesto a decirles algunas palabras sobre esta profesión, antes tan vilipendiada y tenida en menos, y hoy - como lo demuestra mi presencia aquí - tenida en lo que vale. Como psicólogo de públicos y buen catador de los mismos, en un relámpago siento ya en mí la sorpresa que les ha causado verme sacar unos papeles para leer a

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

quienes están acostumbrados a ver y oír hablar de corrido - «por derecho», como decimos en nuestro argot profesional - en el teatro, la radio y la televisión.

Pero esto, señoras y señores, es muy sencillo... Yo soy actor, no orador. ¿Y qué es el actor? El actor, ante todo, en esta sala... soy yo... Y después de mí todos: porque todos somos un poco actores en la vida. Todo el que impone a sus instintos y reflejos naturales una cierta violencia que le obliga a actuar, mímica y anímicamente en contraste con lo que instintivamente habría de haber dejado a los impulsos de su libre albedrío... es un actor. Actor es el hombre - o la mujer - que salen a la calle dispuestos a que los vean, echándose ojeadas furtivas en los espejos de las vidrieras al paso; actor es el político que ha hecho de su estampa bandera de este o aquel programa; actor - ¡y qué actor a veces! - es el mendigo que solicita nuestra ayuda; actor es el enamorado que, según la famosa caricatura, cuando se arrodilla a los pies de su amada para recitarle la infalible escena del sofá «y decirle que la ama, lo que quiere es otra cosa».

Porque el arte del actor es eso, el fingimiento aparente, pero real y comunicativo para quien lo ve. De aquí que nada me importe personalmente la famosa paradoja del comediante, de Diderot, en la que el famoso publicista francés defiende que el gran actor es el que se mantiene frío tras de su máscara de pasión. Pues, bueno, aunque así fuera..., a ustedes y al público, ¿qué les importa? A ustedes sólo les interesa el resultado, y cuando aprecian una obra teatral y una interpretación de esa obra, no tiene por qué importárseles de cuánto le ha costado al autor escribirla ni si el que la representa es un asesino aunque haga de ángel. Lo único que a ustedes les importa es que no asesine a la pieza, interpretándola correcta o destacadamente. Y en cuanto a que todos somos actores, fueron actores hasta los genios militares. Actores fueron César y Napoleón. El primero, heroico y trágico, desde el «Llegué, vi y vencí» del triunfo, hasta el dolorosísimo «¿Tú también, Bruto, hijo mío?», del ocaso que necesitó de la pluma de un Shakespeare para que lo plasmara... Y en cuanto al segundo, actor nato como su sangre italiana lo exigía, desde el gesto necesariamente teatral del Puente de Arcola hasta la Despedida de las Aguilas, luego de la abdicación, pasando por los archiconocidos «Desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan», su vida fue un milagro de teatro. Y tan milagro que durante su entrevista con «El Rehén» claudeliano, el Papa, italiano como él e inteligente como él, a sus primeras palabras, dicen que dijo: «Commediante», cosa que al dueño del mundo exasperó en tal forma que con gesto teatral derribó la silla, a lo que el Santo Padre, apostilló: «¡Tragedantte!». El Papa sabía del gran teatro del mundo y conocía a los primeros actores. Y no es que esto diga nada en desmedro del Gran Corso. Porque todos, vuelvo a repetirlo, somos actores. Unos por profesión y otros por ocasión. El que finge, el «hipócrita» griego - pues «Hipocrités» «simulador» denominaban en la cuna del arte teatral a los actores - es ya un actor. Aunque como dijo el

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

gran crítico inglés Hazzlit, «el único hipócrita decente es el actor». Y que todos fingimos, es innegable. Ustedes fuera de la escena y nosotros dentro y fuera de ella. Pues, ¿no es acaso fingimiento la convención social que nos hace sonreír a quien insultaríamos y preguntar encantados por la salud de quien nos importa un comino? El «educado» es «hipócrités», - actor - por educación, y «el adulator» lo es también por vocación o por necesidad. Como le ocurre a la mayoría de los actores.

Pues en la carrera del actor, lo que se empezó por vocación, excepto en gloriosas ocasiones, suele seguirse por necesidad. Y es para esos forzados del arte transformado en oficio para quienes van nuestras mayores simpatías, pues saben mantenerse en su puesto al no verse elegidos tras de haberse sentido llamados. De su vocación han hecho profesión, porque la vocación no basta por sí sola. Hace falta el «ejercicio», como se decía un siglo atrás, abordando todo el repertorio, desde el entremés a la tragedia, tanto en la aldea como en el teatro oficial subvencionado. Pero volvamos al actor, al «fingidor» o hipócrita honesto, admitido hoy a la consideración social y contra quien antaño se desataron las iras burguesas prohibiéndole hasta el enterrarle en sagrado. «Las troteras y danzaderas» de nuestra tradición clásica y castellana fueron puestas al margen de la ley común ya en las «Partidas» de Alfonso el Sabio. El impudor que suponía para todos el ver a un hombre cambiar de personalidad, convirtiéndose en éste o aquél, a capricho de un texto cualquiera, era algo increíble, sacrílego para una sociedad cristiana en la que comenzaba a afirmarse el culto del «yo», de la personalidad de cada cual que habría de ser la máxima conquista del Renacimiento, y contra la que hoy atentan tantas ideologías de estirpe oriental. El yo, como conquista, estaba al parecer en contradicción, para los cultos, con esa capacidad del actor de ser «yo» y «tú» y «aquél» y «el otro». Avaro en esta obra y desprendido en la otra. Enamorado de una «única» Julieta como Romeo y burlador de todas como Don Juan. Y aunque los poetas, con astucia defensora de la profesión, llevaron a las tablas la vida de San Ginés, santo y actor, patrono hoy de la profesión, las gentes en vez de aceptarlo como ejemplo dispensador lo tomaron como excepción confirmadora de la regla. La verdad que en nuestra profesión, los santos son los menos y las santas también. ¿Pero no será que en todas partes se cuecen habas y solamente en el teatro se cuecen ante el público? El actor, como el político y el artista, carece de intimidad, y por eso, por tener el tejado de vidrio, su conducta humana es motivo de curiosidad de ese público que le gustaría que fuera en la vida como es sobre las tablas.

De ahí esa prensa a la que debemos tantas satisfacciones y renombre, aunque de pronto nos enteremos por ella que vamos a separarnos de nuestra mujer, que nuestra vocación, de no ser actores, sería el cultivo de espárragos de invernadero o que Andrea del Boca va a casarse con Alfredo Alcón.

En cuanto a nuestro oficio - y verán que vuelvo tras de tantos incisos divagatorios, pues nunca fui ni escritor como ven, ni demasiado riguroso

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

en mis ideaciones - , yo creo que es eso, ante todo, un oficio. Nacido de, en, por y para el teatro, creo en él como tradición y continuidad más con la sangre que con la razón. Hay razones del corazón que la razón no conoce, dijo Pascal, y ésta de mi amor al teatro es de éstas. Al teatro y a todo lo que con él se relaciona. Madre, padre, esposa, hijos, son cosas que me han sido dadas y que me ha dado el teatro. Yo mismo he nacido en el teatro y gracias a su vagar ilusionado soy compatriota de ustedes. Hijo, esposo y padre de actores, el teatro no es para mí una vocación cumplida ni una puerta cruzada con éxito. Es toda una vida realizada normalmente en su biológica determinación. Y no sigo porque me parece que me estoy metiendo en honduras de las que como en los «jardines» de nuestro argot no voy a tener compañero que me saque «dándome letra» . . .

El actor, único e indivisible, es de dos clases. El que adapta todos los personajes a su ser y el que se mete en todos los personajes. En los primeros avasalla la personalidad propia a la de los tipos a encarnar, mientras que el otro, insufla su vida a los personajes creados por el autor o descubiertos en procura de quien los plasme como nos demostró Pirandello, el gran disecador de la escena moderna, en sus inmortales Seis personajes en busca de autor. El primer tipo de actor, el «divo», la «estrella», ha llegado a crear una mitología moderna a cuyo nacimiento hemos asistido todos y a la cabeza de la cual está hoy Chaplín, Greta Garbo, Lawrence Olivier, Vittorio Gasman. Hay otros creados por la fantasía consoladora que ha podido convertir en tipos puros, en entes imaginativos como los de las películas de dibujos animados: Miky Mouse, Donald, Bambi, Spaghetti... O la astucia, el mal genio, la infancia o el héroe, tonificados para consuelo y regocijo de todos.

Y tras de ese actor que es vida por sí mismo hay el actor que «da vida» a los engendros o creaciones del poeta, sirviéndole con su humanidad. Pues aunque alguien dijera que el actor era un «instrumento al que había que soplarle para que diera la nota», nada más fácil que contestarle que cualquier sonata de Beethoven no es más que papel impreso hasta que Backhaus u otro pianista la convierta en armonía. El teatro, escrito para ser representado, no vivirá más que mientras haya actores que sepan representarlo. Y eso no es nada fácil... Pues el ser actor necesita disciplina, condiciones, voz educada, intuición y sobre todo, vocación para un trabajo que ha de ocuparle todas las horas de su vida. Vocación que no quiere decir «vocacional», pues esto en nuestros días es sinónimo de ocasional, de actuación de quien hace el teatro como algo más, añadido a su actividad vital. Y al teatro hay que darle toda la vida, o nunca será actor. Cierto es que el teatro vocacional, al poner en escena textos ilustres de los llamados «no comerciales», ofrece al público - minoritario, es verdad, pero selecto - obras que de otra forma serían difíciles de representar.

Ese teatro, que es obra de todos y el que más que grandes edificios y dotación técnico - lumínico - decorativo - espectacular, necesita de obras y actores y público. En la Grecia, madre del teatro, no hubo teatros

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

magníficos hasta la decadencia... El teatro español, una de las grandes creaciones espirituales de la cultura occidental, se representaba, según testigo presencial de su parte tan ilustre como Cervantes, ante una manta tirada, que servía de fondo y vestuario y ante la que en los forzosos intermedios tocaban la vihuela y el pandero dos «músicos»... Y lo mismo ocurrió en la Inglaterra de Shakespeare. En el teatro español, todo acción, pasión y magia verbal, bastaba que un actor dijera «henos en el palacio» o «hermoso jardín», o «qué cerrada noche» o «deslumbrante sol» para que todo el terrible público que había aguantado a pie tres horas a que empezara la representación - como nuestras hinchadas de fútbol - «entrara en situación» sin necesidad de costosísimos medios de tramoya o luz. Público tuvieron las dionisiacas griegas, y el teatro de «El Globo» inglés y los «corrales» españoles. Y para servir a ese público, que como en el caso de España y según decir de

Lope, «quería ver en dos horas desde el Génesis hasta el Juicio Final», creó el teatro español como hijo de la poesía y la tradición nacional el cada día más asombroso Fénix de los Ingenios. Porque sin público, sin ustedes, no hay teatro ni espectáculo alguno. El teatro de minorías será siempre eso, teatro de minorías, en el que la comprensión intelectual y el aplauso selecto jamás substituirán a la fervorosa ovación o la carcajada sencilla del pueblo, que acostumbrado a la sal gruesa y al melodrama, se educa en ellos para ulteriores espectáculos de más alta categoría artística. El burdo público de los corrales españoles, teatruchos ingleses y plazuelas de Francia o Italia, cuando aplaudía a sus actores lo hacía ignorante de que por añadidura a su ingenio y truculencia les estaban dando poesía. Antes, en los albores del teatro, los públicos que aplaudieron a Aristófanes primero y mucho después las salaces farsas anónimas francesas o de la «comedia dell'arte» eran seguramente mirados de reojo y con desprecio por los «inteligentes de la época», ignorantes de que sus lejanos sucesores habrían de aplaudir esas mismas farsas cuando, secas por el tiempo, dejaron de ser arte para convertirse, en su mayor parte, en arqueología. Porque, ¿qué es el teatro sin público? Nada. El teatro se escribe para la representación y cuando una obra de teatro no alcanza este grado se dice «es irrepresentable» como supremo argumento en su contra. Y las obras son representables o no, según el intérprete pueda interpretarlas, decirlas, mimarlas... o no. Del teatro que se sepa escrito por un gran autor sólo para ser leído, es el de Séneca, tan imitado por todos y no representado jamás hasta el estreno de Medea, que, en traducción de Unamuno estrenó en Mérida de España en 1931 la gran Margarita Xirgu y el inmenso Enrique Borrás. Y de su presentación se vio que era escrito para que le entrara al público por los oídos. Y a un público acostumbrado al circo romano y a las barbaridades de Nerón! Aquello tenía algo de novela radial por la acumulación de detalles verbales de toda índole para subrayar cualquier acción y que, de haberse representado, estarían de más...

El actor es, pues, el intérprete indispensable de las obras de poesía

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

dramática, trágica o cómica, cualquiera que sea su categoría artística pura. Con el agravante de que sin actor ninguna de estas obras será nada, y que por gracia de su arte, muchas obras sin valor literario alguno han conmovido y conmueven todavía a los públicos. En ellas, el actor, a lo que es un frío esquema de situaciones dramáticas, le pone la carne, el tono y el alma de su acción, convirtiendo a algo muerto en vida inolvidable. Cumple en esto la misma labor que el solista que al interpretar una pieza de bravura con trinos increíbles, escalas endiabladas o sostenidos porque sí, pero pobre invención melódica ramplona y densidad musical bajo cero, arrebató al público al darle una expresión de belleza que muchos creen que es gato por liebre. Como ocurre en el teatro, que siempre nos dan gato por liebre, haciéndonos ver los imposibles y haciéndonos sentir también. Con lo cual, ¿qué más quieren ustedes? Pues el teatro es un mercado de ilusión. ¿Qué más les daba a los espectadores de Shakespeare que Julieta fuera un hombre disfrazado si la magia de los versos y su imaginación de público educado les hacían presentes los milagros eternos del amor y la juventud? Cierto es que han quedado anécdotas que lo definen. Aquella del director del Teatro del Globo de Londres, pidiéndole calma al público «porque Julieta no se ha terminado de afeitarse . . . » Y lo curioso es que lo que hoy nos hace reír, entonces era suficiente motivo de disculpa.

En cuanto a lo que se refiere a las que creo condiciones del actor, me permitirán que hable únicamente en mi nombre. Creo que lo que se necesita para ser actor son, ante todo, eso, condiciones... De la lucha con el medio para incorporarse al teatro nada sé, pues yo nací millonario en este sentido de que el capricho no me fue negado y por el ejemplo, digno, noble, esforzado, brindado día a día por mis padres. De ellos oí la historia viva del teatro de habla castellana, brindado como mensaje de comunión espiritual por estos conquistadores de nuestra hora, que a lo largo del mundo de habla castellana han mantenido un intercambio de arte y emoción muy superior en valor a tantos esfuerzos de índole oficial, burocrático - protocolario.

Los nombres de sus maestros en la escena española y los de los grandes actores del siglo XIX llegaron así a mis oídos, no como lección de historia aprendida de memoria sino como tradición lozanísima que sabe mantener presente lo que pareciera desaparecido para siempre. Y de entre esos recuerdos surgía la imagen del cómico, del actor español, hijo sin duda del que tan cruel y descarnadamente pintara Larra en «Yo quiero ser cómico». Y esa voluntad, decidida, es para mí suficiente a absorberlo de todos sus defectos. Para ser actor, lo primero que hay que tener es ganas de serlo. Pero fíjense que digo ganas de ser actor y no ganas de conquistar la fama, popularidad, gajes, etcétera, de que disfrutaran algunos astros de la profesión y que es lo que atrae a muchos. El querer ser actor es ansia de representar, de hacerse con o entregarse a los papeles, según sea la clase del actor, como señalamos al principio. Y ensayar, dormir poco, no ganar demasiado y por cada segundo de satisfacción sufrir años de rabetas. ¡Pero ese segundo es un segundo

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

que vale por siglos! ¡El que no lo ha vivido no puede imaginárselo y haría falta ser el actor más grande del mundo para poder transmitírselo a ustedes! Aunque..., ¿qué he dicho?

¿Cómo no han de saber ustedes eso? ¡Si ustedes son los colaboradores y partícipes del triunfo! ¡Cada día de aplauso y gloria del actor, lo es porque le ha dado su aplauso y calor una masa de público que ha sabido vencer con su arte la expectación de quienes acudieron a verle! Y no crean que es fácil labor. Primero tiene que unir dentro de una misma emoción todos los diferentes caracteres que han tomado asiento en la sala y luego, mediante un fenómeno de fascinación colectiva ejercido por él como agente de la poesía de que es intérprete, hacerles ver, sentir y asentir a la verdad de los sentimientos por él evidenciados. Pero siempre en colaboración con ustedes, el público. Pues lo mismo que sin actores no hay teatro, sin público no hay actor. Actor que sepa hacer lo suyo o meterse dentro de él. Pues en esto también son dos clases las de los actores, cuya diferenciación fue perfectamente establecida por una actriz inglesa a quien preguntándole cuál de dos actores - Irving o Moore - era mejor, dijo: «Cuando hago la Julieta con Irving, me gustaría que saltara pronto dentro de mi habitación... Cuando lo hago con Moore, soy yo la que le saltaría al cuello a las dos palabras...» Ahora que diga el público a qué categoría pertenece cualquiera de los dos actores. Porque la de aquellos que el público le gustaría que se quedaran en la escena... Esos no son actores.

Y ya que he contado una anécdota de teatro inglés, para terminar de deshilvanar estos deshilvanados apuntes de entre los cuales sólo pretendo que queden algunas expresiones, o notas de ciertos caracteres, que forman eso que llaman un actor, les contaré algunas anécdotas de mi carrera vital de actor. Con la esperanza, no de que llamen ni que suban al escenario en homenaje a mi fascinación, sino de que, por lo menos, al retirarse, lo hagan diciendo «La verdad es que este Cibrián tiene condiciones...»

Y el conferenciante concluyó, en efecto, refiriendo una serie de anécdotas relacionadas con sus experiencias teatrales y su vida en los escenarios desde la infancia.